

Sonia Cárdenas Salazar, secretaria general de Fundación Alejandro Ángel Escobar desde 1979 hasta 2006, amiga personal de Camila, quien habló sobre su amistad y lo que Camila representó para la Fundación.

## CAMILA BOTERO RESTREPO

¿Cómo recordar a Camila? Creo que cada una de las personas que la conocimos tiene muchos momentos que recuerda de modo especial. La conocí en 1966, cuando ella dirigía la biblioteca de la Universidad Nacional, en la rectoría de José Félix Patiño. Desde esa época nos hicimos amigas, y volvimos a encontrarnos en 1972, cuando Roberto Arenas fue nombrado ministro de Gobierno y ella entró a desempeñarse como secretaria privada del despacho, cargo que le validaron como judicatura para graduarse en Derecho y Ciencias Políticas que cursaba en la Universidad de los Andes.

Aprovechábamos al máximo las intensas jornadas de trabajo, con políticos y personajes de todo el país, que pasaban por el Ministerio en esa época en que finalizaba el Frente Nacional; ese fue el tema de su tesis de grado. No teníamos horario fijo, y ella siempre estaba dispuesta a llevarme hasta mi casa, en su muy querido Volkswagen Golf, amarillo, carro que le encantaba y que manejaba hábilmente; fue su marca predilecta.

Nos seguimos viendo con frecuencia hasta el año 1979 cuando me recomendó ante su tía, doña María Restrepo de Ángel, para reemplazar a la secretaria general de la Fundación. No vacilé un minuto y acepté encantada. Desde el primer momento me entusiasmó la labor de la Fundación y ellas me dieron plena autonomía para manejar, en particular, lo relacionado con la divulgación en los medios informativos y en las universidades y centros de investigación y estudio, que yo conocía muy bien. Admiré profundamente la inteligencia, la generosidad y calidad humana de doña María, quien calladamente, en múltiples ocasiones donó recursos importantes a entidades de solidaridad que no habían obtenido el premio pero tenían excelentes calificaciones.

Camila formó parte de la Junta directiva de la FAAE desde finales de los años 70; al terminar la carrera había trabajado en Colcultura, con Gloria Zea, y en Fedesarrollo; en los años 80 era investigadora del Cider de los Andes y profesora en Ciencia Política de la misma Universidad. Uno de sus mentores allí fue don Mario Latorre Rueda, con quien mantuvo una estrecha amistad, fortalecida por la afición de ambos por la literatura, las artes plásticas, la música, la buena mesa, las amenas tertulias sobre política y el diario acontecer de este complejo país. En las vacaciones de julio y diciembre doña María y Camila viajaban a París o Nueva York, para gozar de la ópera, los conciertos, las exposiciones. En Bogotá le encantaba visitar las librerías: la Nacional, Aldina, Lerner, pero sobre todo la Central, donde conversaba con doña Lily de Ungar, su propietaria. Allí compraba los libros y revistas no solo para ella sino para regalar.

Sus alumnos, sus amigos, sus colegas de la Universidad, constituyeron para ella su mayor tesoro. Y se distinguió por su generosidad ilimitada, en todos los aspectos, como bien podemos testimoniar. A sus empleados de confianza, que la acompañaron por décadas, les dio siempre el mejor trato.

Disfrutó La Mota, en Rionegro, casa de recreo que tuvo con sus padres, don Cristian y doña Anita. Pero sobre todo, fue feliz con su Hacienda La Botero, en la vereda Puente Iglesias, de Jericó. Sus caballos, el ganado, los pájaros, los árboles, las plantas, la piscina, el rumor del cercano río Cauca, la llenaban de alegría y entusiasmo. Sus amigos también pasamos allá días muy felices. Le encantaban los perros scotch terrier, y los bautizaba con nombres de personajes de Shakespeare.

La Fundación fue su mayor empeño, su razón de vida. La fortaleció económicamente y sobre todo, por su formación académica, le imprimió una dinámica más amplia dado su conocimiento de la investigación científica, de las ciencias sociales, del medio ambiente, de la ecología; propuso la ampliación de los premios de ciencias a las tres categorías que ahora existen, así como cambiar el nombre de beneficencia por solidaridad; todos comenzaron a entregarse en 1993. En 1995 la FAAE otorgó por primera vez en Colombia un Premio Nacional de Paz,

que recibió Monseñor Isaías Duarte Cancino, Arzobispo de Cali, quien fue asesinado poco tiempo después. La Fundación es también cofundadora del Foro Nacional Ambiental, del Fondo de Becas Colombia Biodiversa, y tiene abierta al público la biblioteca donde se pueden consultar las obras que han concursado desde 1955. Un proyecto que inició y esperaba poder revivir fue la colección editorial María Restrepo de Ángel.

En sus palabras, que recogió Héctor Abad Faciolince, el sentido de los premios fue y sigue siendo “fundamentalmente, lanzar al país a la investigación básica. Aquí hemos sido muy escépticos con relación a esto. Pero parte de la educación de un país y de su desarrollo debe hacerse mediante la investigación propia en todas las áreas. No estamos obligados simplemente a copiar la investigación que se hace en otros lugares; si queremos tener buenas universidades en el país, también aquí debe estimularse la investigación. Los premios quieren señalar y destacar la gran labor que hacen aquí algunos investigadores, y estimular a las nuevas generaciones para que también orienten sus esfuerzos en esta dirección.”

Cada una de las personas que han integrado el Consejo Directivo de la Fundación, cada uno de los miembros de los jurados de Ciencias y Solidaridad, cada uno de quienes hemos sido funcionarios de la entidad tenemos, como dije al comienzo de estas breves palabras, un recuerdo emocionado, afectuoso, alegre la mayoría de las veces, de nuestra querida Camila. Y la seguiremos evocando siempre, porque dejó una huella imborrable.

Gracias por tu vida, Ana Claudia Camila del Charcón Gonzala, como fuiste bautizada; Camila para nosotros. Hasta luego.

Sonia Cárdenas Salazar, noviembre de 2020